

Gonzalo Díaz: "Es una condena ser artista"

 El Mercurio, Chile  16 de julio de 2023

Ya son más de cincuenta años de trayectoria. Y aunque quiera, no consigue pintar acuarelas chicas. Ni confeccionar obras que no sean producto de preocupaciones penetrantes. Política, poder, paradojas, brutalidades y la República de Chile suelen estar entre las capas semánticas de sus impactantes instalaciones. Este año, además, lanzó un libro.

Ni siquiera necesitó darle vueltas al asunto. No podía presentar ahora una muestra individual. Sobre todo, no quería. Gonzalo Díaz (1947), artista chileno pionero en la instalación y en el uso del neón, y decisivo profesor de Pintura en la Universidad de Chile desde los años 70, resolvió que esta vez aceptaría la invitación a exponer en el Museo de Arte Contemporáneo (MAC), pero sin el despliegue ni la vistosidad filuda de obras pasadas -como "Unidos en la gloria y en la muerte" (1997), "Tratado del entendimiento humano" (2001) o "Rúbrica" (2003)- y, lo más relevante, solo lo haría si lo acompañaban algunos artistas amigos. Quiso una colectiva para sumarse al programa con que el museo aborda los 50 años del Golpe. Bajo el título, "y el metal tranquilo de mi voz", Díaz presenta una obra suya junto a las de Natalia Babarovic, Eugenio Dittborn, Pablo Langlois, Jorge Tacla y Eugenio Téllez.

-¿Por qué no le interesó ocupar toda la sala con su obra?

"Es interesante hacer una muestra solo. Pero en este caso, el horno no está para ese bollo. Para exponer solo hay que tener un amor hacia uno mismo más o menos grande. Y ese es el bollo para el que no está el horno. La conmemoración de los 50 años no es para mandarse el numerito. Claro que me podría haber mandado la súper obra; proyectos me sobran. Pero me parece que lo que hay que hacer es retractarse, quedarse callado. Quédate callado un ratito como artista. No vociferes con tu obra. No te emplumes con tu obra, no hagas gallitos con tu obra y no te las des de campeón mundial con tu obra en un momento de la República de Chile que es una verdadera catástrofe. Es cuestión de prender la tele para ver que estamos en medio de una catástrofe política, social, cultural. No sé si ha habido otra de tal tamaño en cuanto a destejer el tejido de producción política, de los partidos, del Parlamento, de la relación entre votantes y elegidos. El número que dan en cuanto a frivolidad, corrupción. Y la respuesta del elector, que es el soberano, es otra catástrofe. Este ambiente no es muy incentivador para estar haciendo obritas de arte. Hay que cerrar el bolicho un rato".

-Igual produjo especialmente una obra para esta muestra.

"Sí, porque uno está condenado. Es una condena ser artista. No la habría hecho, pero la hice. Siempre digo que no quiero exponer más, que quiero pintar acuarelas chiquititas. Pero termino haciendo la mansa cuestión. Esa es la condena. Es como quien carga la roca hacia arriba del cerro y se le cae, y la tiene que volver a subir. También es difícil encontrarle sentido a lo que uno hace en medio de esta catástrofe. Yo me siento sostenido por la sociedad en que me tocó vivir, que se llama pueblo de Chile, y entonces uno cree que debe devolver algo o hacer lo que hace con algún sentido para esa sociedad. Pienso en la imagen de los que hemos tenido un mejor destino en nuestra formación, en comer, en vestirse, en no pasar frío, en trabajar en lo que se nos canta. Esos privilegios los tenemos gracias a esa sociedad".

-Debe ser una gran carga, otra gran roca, pensar que lo que se hace como artista cobre sentido a ese nivel. ¿En la materialización de alguna obra se ha quedado con esa sensación?

"Puedo decir que quedé satisfecho, por decir una estupidez. O decir que alguna obra es una formulación bien hecha. Eso lo puedo decir, pero saber si tienen algún efecto en la sociedad chilena... No, creo que no. Empezando por una cuestión estadística. El 0,001%, habrá visto mi obra. Pero un partido del Colo-Colo con la Chile lo ven 800 mil personas. Sale en todos los diarios y en la televisión lo comentan especialistas que se saben hasta los calzoncillos que usan los futbolistas. Esa sapiencia que hay respecto del fútbol, ya se la quisiera la producción artística. Pero creo que nadie conoce la obra de uno y que poco efecto puede tener. O puede tenerlo a muchos años plazo".

Alejado de las construcciones de gran envergadura, en esta oportunidad Díaz se acercó a la lógica de sus "aforismos visuales". Obras más pequeñas, construidas como si fuesen apuntes objetuales que esboza siempre desde el lenguaje de la pintura y con una máxima economía. Cruza referencias que carga hace décadas, esos tarros del taller -como los llama él-, para armar una pieza corta, punzante, íntima, cuyas capas de información quedan brillando, latentes, vibrantes. Invitan a pensar.

Hasta el 30 de septiembre, el artista presenta en el MAC "Escapulario" (2023). Es una obra mínima que apenas se advierte en la sala de "y el metal tranquilo de mi voz", entre el trabajo de sus compañeros. Díaz expone "un díptico materialmente 'palinódico'", dice. Materialmente retractado. Los dos pequeños marcos van colgados siguiendo la notación exponencial usada en matemáticas: X^{+X} . "Eso me permite decir que esta imagen está elevada a la potencia de ese texto. Es bonita esa frase", suma el autor. El cuadro base contiene un objeto de tela, que luce deteriorado por el tiempo y el uso excesivo, y que contiene un retrato tenue de Salvador Allende. En el otro, se lee "caerán a tu lado mil, Y diez mil a tu diestra".

Díaz invitó a sus amigos a confeccionar obras para conmemorar, más que el aniversario del Golpe, los 50 años de la muerte de Allende. Ese giro y distanciamiento frente al discurso oficial -explica él- se debe a un ánimo por evocar la experiencia colectiva y el ambiente sociocultural previo al 11 de septiembre. "Su muerte coincide con la muerte de un sueño. Ese anhelo colectivo respecto de mayor justicia, mayor igualdad, mayor fraternidad, mayor sentido de pertenencia", sostiene.

La mecánica de las obrasEste año, Gonzalo Díaz lanzó "Turungo. Diálogo y archivo" (Metales Pesados), publicación que surgió por la muestra "Pequeña y hermosa conjetura" (2022), presentada en Il Posto. El volumen contiene y se cimienta en una conversación que tuvo, sobre sus temas, procesos y mecánicas, con Federico Galende. A través de fotos, recortes de prensa y documentos de taller, transita por cinco obras: "Fotoperformance" (1986), "Lonquén" (1989), "Unidos en la gloria y en la muerte" (1997), "La novia muerta" (2018) y "La República" (2018).

Es un libro que permite adentrarse bastante en su quehacer. "Siempre me interesa hablar de la dimensión formal y material de las obras, y de los procedimientos. No de chivas, porque eso lo encuentro horrible. Los artistas son terriblemente chiveros. Creo que confunden la ambigüedad con que se produce el acto creativo -cuestión que a uno le viene por la espalda-, pero que luego pasa por los filtros cerebrales, intelectivos, diurnos, de juicio. Yo les doy mucho espacio a cuestiones que invento en esa consciencia intermedia entre vigilia y sueño, pero las uso diurnamente, cuando uno está en sus cabales".

-No solo los pasa por ese filtro. Varias de sus obras, como muestra el libro, se basan en planos rigurosísimos, cálculo y precisión. ¿También cierto grado de obsesión?

"Claro, si un artista no es obsesivo, las cosas no le salen bien. Hay que tener otro poco de rigurosidad. Pero no todas mis obras son así. En el libro aparecen planos y cuestiones que incluso fueron hechas por arquitectos a los que les pedí ayuda. ¿Cómo, si no es así, haces calzar los 300 pies derechos de 'Unidos en la gloria y en la muerte' en la Sala Matta? Ahora que veo esos planos me da un agotamiento infinito".

-¿Le cansa el recuerdo?

"Sí, es agotador. Cada vez que me meto en mi archivo es como caerse en un abismo. Por eso, para mí es importante tener un asistente al que no le importa nada porque no tiene esa carga. Yo la siento totalmente negativa. Es pura melancolía. Vuelve la imagen de subir una roca por una pendiente elevada: ando acarreado porquerías por la vida y más encima lo hecho por no pocos años, treinta o cuarenta en algunos casos. Al desarmar una instalación me quedo con un trasto, un resto, una especie de cadáver".